

La Nación, Buenos Aires
22 marzo - 1915

4-99



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo I

LEYENDO A MARAGALL

(Para LA NACION)

SALAMANCA, enero de 1915.

II

¿Cómo, decíamos—se movió Juan Maragall, poeta y poeta catalán, a dedicarse a escribir artículos, en castellano? Según él mismo nos dice, por vanidad.

En un artículo titulado «Examen de conciencia» y publicado el 8 de agosto de 1905, en pleno verano, después de decirnos que la atonía social de la estación quitaba asuntos de actualidad «a los que hacemos oficio de escribir para el público», añadía que el forzado artículo de buscar un tema «por no tener nada que decir espontáneamente» le podría resultar provechoso para sí y para los demás «cosa en nuestro oficio preciosa y rara».

Y dice: «Pregúntese a cada uno:—Yo ¿por qué empecé a escribir para el público? Y muchos seremos los que, en conciencia habremos de contestarnos:—Por vanidad. Yo era muy joven, nada mío tenía que decir a las gentes, pero leía, leía mucho, y las cosas que leía me causaban admiración; y los hombres capaces de causar esta admiración mía y la de todo el mundo me parecían hombres superiores, y sus nombres, gloriosos; y empecé a desear ardientemente causar a los demás la admiración que ellos me causaban a mí, y que mi nombre llegara a ser famoso como el suyo. Yo que era casi un niño ¿qué podía decir al mundo? Nada nuevo, nada mío, porque ni a él ni a mí mismo conocía; pero un prurito de exhibición me hacía considerar mío lo que más impreso quedara de las lecturas en mi mente, que lo elaboraba en otras palabras, y con esta diferencia meramente exterior me satisfacía para poner mi nombre al pie de aquella superficialidad, y lanzarlo así al público. ¿Me importaba a mí algo el haber dado forma propia a una idea propia o el bien o el mal que aquello pudiera causar a mis hermanos los hombres? No; lo que me importaba era que mi nombre corriera por el mundo y que, por este sólo hecho, la gente me señalara por la calle como a un joven superior, y mis amigos se sintieran pequeños a mi lado. Esto es lo que yo quería. Así empecé. ¡Vergüenza ahora a mí!»

Y empezó Maragall a escribir, a sus diez y siete años, por vanidad según él mismo nos cuenta. Mas lo que nos importa no es por qué empezó a escribir, sino por qué siguió escribiendo, por qué y para qué acabó escribiendo. Porque lo que empieza tal vez por vanidad y sigue por rutina o interés, lo que se hace oficio puede acabar en vocación y en apostolado. «¡Ay!—exclama después—que conozco que he pecado mucho en todas estas cosas y que no he sabido redimir mis palabras de la culpa original de vanidad en que fueron engendradas!» Mas esto no fué así.

Maragall, como excelente poeta, religiosamente poeta, sentía la santidad de la palabra y pocos habrán rezado con más entrañada intimidad que él aquello de: ¡santificado sea tu nombre! Sentía la santidad de la palabra y que no se debe profanarla. En un artículo titulado «El derecho de hablar», y que debía más bien titularse: «El deber de callarse», artículo del 30-I-1902, re-

cordando aquella frase del filósofo griego Ernesto Naville: «¡he creído y por esto he hablado!», añade que debemos decirnos: «dudo, y por tanto, me callo». Y agrega: «¡Profesión el hablar, con la lengua o con la pluma! ¡qué gran aberración! Público y profesionales imbuyéndose mutuamente en ella han llegado a tomarla por la cosa más natural del mundo. Y, sin embargo, a poco que se medite se comprenderá en seguida su enormidad y su funesta trascendencia». Y sigue diciendo que es monstruoso que un hombre se gane la vida hablando al público, aunque no tenga nada que decirle, que es lo que sucede el noventa y nueve por ciento de las veces. Y sigue el escritor enfilando líneas para recomendar el... ¡silencio!

He aquí un deber, el deber de callarse que no hay que predicar mucho en España. El gran pintor Zuloaga, mi paisano, le decía a Eugenio de Ors, el exquisito prosista—prosista-poeta—catalán, refiriéndose a un enano de Segovia que le sirvió de modelo para uno de sus más hermosos cuadros: ¡habrías visto qué filósofo!... ¡no dice nada!» Y filósofos así los tenemos a montones. Como que el sumo de la filosofía es nuestro radicalísimo nihilismo, que no consiste en enseñar que todo es nada, o que no vale nada todo, o que de nada se sabe nada, si no que consiste en no decir ni enseñar nada de nada. ¿Para qué?

En aquel mismo artículo decía Maragall: «Yo, autor, empecaré por no hacer profesión de autor. Buscaré una manera de ganarme honradamente la vida sin meterme a llamar la atención de los demás con mis palabras; me convenceré de que son muy contados los hombres superiores que tienen misión de hablar y nunca creeré que sea yo uno de ellos... etc.» ¿A qué seguir? Y añade que si el malhadado oficio de autor le ha penetrado hasta las entrañas, si es demasiado viejo para mudar de oficio, si su vida se encuentra comprometida en tal aberración, entonces procurará atenuar el mal parafraseando los eternos sentimientos afirmativos que son la fuerza del hombre: Dios, la belleza, el amor, la alegría de la creación. Y es que Maragall no quería comprender que se escriba para hacer dudar, para hacer pensar, para inquietar.

Pero en mayo de 1904 escribió un artículo titulado «Escritor», que es una feroz acometida al oficio de tal. «Escritor quiere decir uno que escribe por profesión: es hacer profesión del escribir y como escribir no otra cosa es que hablar por signos gráficos, resulta que profesión de escribir es profesión de hablar: ¡escritor, hablador!»



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

Leyendo a Maragall II — 2



Avergoncémonos. ¿Cómo podemos to- lerar, cómo complacernos en tal sa- crilegio? Hablar es cosa sagrada; hay en ello todo el divino misterio de la humanidad: es expresarse, dar el alma a nuestros hermanos, cuando el alma necesita darse y es esperada. ¡Y de esto hacemos una profesión! ¡y co- memos de ella! y ¡comemos de ella con orgullo!; ¡farsantes! ¡sacrilegos!» Y Maragall... escribía. Y hacía muy bien en seguir escribiendo. Hablaba de mudar de oficio, pero seguía escri- biendo.

¿Y para qué escribía? Una vez nos dice que por ser "deber de todo ciu- dadano aportar a las cuestiones gene- rales del estado su individual criterio en la medida de su razón y por el me- dio que mejor tenga en su mano". ("El trágico conflicto", 4-IX-1902). Otra vez dice: "Adónde voy, ni qué impulso es éste que me mueve a decir todas cosas yo no lo sé", y añade que podrá haber dicho muchas cosas va- gas, y otras incoherentes y de muy po- co sentido, y aun algunas incomprensi- bles, y concluye: "Por una sola que

germine y viva pido que se me absuel- va del resto". ("Sensaciones de otoño", 31-X-1905). Absuelto, pues, ¡y con pre- mio! En otro artículo: "Del tiempo" (21-XI-1905), decía: "¿Qué más da, pues, que yo hable ahora del asunto del día, del libro, del discurso, del triunfo, del duelo, o que hable del cielo que tengo delante de mi ventana?; hasta creo que da más que hable del cielo y de las copas de los árboles que oscilan ante mi vista. Porque ya ¿qué busco sino el acorde de mi cora- zón con el de aquel que me escucha?" Y concluye: "No creo, pues, haber per- dido el tiempo comunicando mi sensa- ción del día de hoy si con ella he dado el tono de mi alma acordado con el de algunas otras." No, no lo perdió.

En otro artículo, de los últimos, «El cesto de frutas» (28-IX-1911) nos dice que otros podían haber sentido otras cosas que él sintió, más grandes o más pequeñas, «pero lo mío, no; lo mío era bien mío, era de la ciudad y a ella lo trafa yo ahora como un puñado de tierra, como un ramo de flores, como un cesto de frutas que uno lleva del campo a su casa y a los suyos».

Importa muy poco por qué empeza- mos a escribir los que escribimos para el público y hemos hecho de ello una profesión. Lo que importa es por qué seguimos escribiendo y cómo escribi- mos. No, claro está, que nos ensober- bezcamos del oficio, que nada tiene para ensoberbecerse por él. De Nues- tro Señor Jesucristo sólo una vez se cuenta en los Evangelios que escri- biere, y para eso en un pasaje que muchos diputan apócrifo, y es cuan- do los fariseos le presentaron a la mujer adúltera para que la juzgase. Y dice el sagrado texto que se encor- vó al suelo, mostrando así la humildad del oficio de escritor, y escribió con el dedo desnudo, sin tinta ni caña, en el polvo del suelo no se sabe qué. Y conocí un señor presidente de una

audiencia que nos dijo una vez que Jesucristo no sabía ni leer ni escribir, que había sido analfabeto.

¿Para qué escribimos? Para muchas cosas. Y no tan sólo como acaso crean algunos mentecatos maliciosos y tor- pes—«honnei soitt qui mal y pense»— para ganarnos unas pesetas con ello.

Sólo las almas abyectas y envileci- das por el negocio pueden pensar así. Escribimos para muchas cosas, y de paso, claro está, para vivir, en parte, de ello. Yo, por mi parte, escribo para pensar, porque pienso escribiendo o hablando. Y creo que un escritor hace bastante si sabe repetir, repetir mu- cho y repetir bien. Ocho humilde tal vez este de repetidor, pero ocho necesarísimo en la república humana. Re- petir, repetir mucho. Recordar a cada paso lo que de puro sabido se olvida. ¡Qué terrible eso de olvidar algo de puro saberlo! Y hay que repetirlo y darle cien vueltas y presentarlo de cien modos, muchos de ellos paradó- jicos, que son los más eficaces. Y con el oficio viene la vocación.

Como le llegó la vocación a Mara- gall. Sus últimos artículos, en que casi siempre defiende su fe, individualista, son un verdadero apostolado. El creía que se debe más bien cantar que ha- blar. Cantaba en catalán, hablaba en castellano. Y acabó haciéndose una es- pecie de dialecto castellano propio. «¡Ah, si el agua que sale de la fuen- te pudiera hablar! Pero sí, habla: me- jor que hablar, canta», nos dice una vez. («La sardana y el género chico» 12-IX-1905). Y en el bellísimo artícu- lo «Canción de Navidad» (26-XII-1901) cuando nos habla del rabadán de la canción catalana de Navidad, de aquel rabadán materialista e incrédulo, que no quiere ir al portal de Belén, a ado- rar al Niño y que acaba diciendo: «¡No vull cantar!», agrega el poeta: «No quiere cantar; es inútil; ¡no puede cantar, pobre «rabadán»! Los «rabada- nes» no cantan».

Y él escribía: «Siendo, debiendo ser mis artículos periódicos reflejo de cuanta luz va pasando por encima de mi espíritu durante el período que los separa...» decía una vez («La levadu- ra» 16-I-1906) y así era en verdad. Y otra vez refiriéndose a Eugenio de Ors, el exquisito prosista-poeta, le ha- maba «periodista en el más bello sen- tido de la palabra, porque siente la ac- tualidad de las cosas que el tiempo va dando, en relación con su profun- da eternidad y las dice con el mismo temblor todavía que una revelación pone en las palabras». («Galería de catalanas hermosas» 24-IV-1906). Y así era también él, Maragall.

Lo que había era que le tenía miedo al público. Temía que le comiese. Sa- bía en qué disposición de ánimo les la gente los diarios y lo dijo en su pró- logo de los «Escritos» de José Soler y Miguel. Temía miedo al público. Temía miedo a la mirada de la multitud. «¿Podrás sostenerla? Si te esfuerzas en sostenerla estás perdido, porque en este esfuerzo por pensar en la multitud,

Autos xxx

Autos





te olvidas de ti mismo y ya no eres más que un reflejo de la luz que has encendido. Serás desde entonces una criatura de la multitud, en vez de crear tú en ella. Ella te dará la fama a trueque de tu gloria, desvanecida para siempre. La corona que echarán sobre tu frente apagará la aureola que

la ceñía: reinarás en su aplauso, pero ya no más en sus corazones: pudiendo haber sido su rey, serás su bufón, su favorito». («La gloria y la fama», XII 1908). Y en otro artículo, dirigido a una joven artista, el titulado «Otro raptó» (28-X-1911) le decía: «Porque el público es una cosa impura e impurificadora; para herir su sentido—¿a qué irías si no?—habrás de valerle de los más groseros recursos de tu arte, y al gustar el éxito te aficionarás a ellos y los inventarás nuevos y al fin tu arte ya no consistirá si no en una diestra combinación de mecanismos.» Y luego: «Habrás llegado a dominar el público perdiéndote en él para siempre».

Pero él, Maragall, conocía también la suprema gloria del escritor, la lucha constante con el público, con su público, el estarle conquistando día a día y no dejarse dominar de él, el no claudicar, el no entregarse, el no transigir, a darles lo mismo que ellos piensan, a dar expresión a su pensamiento colectivo, al del público, un pensamiento como colectivo, hecho, sino a obligarle a pensar, a repensar, y para ello desahacerle el pensamiento e inquietarle, y si es menester irritarle.

En su artículo «Evocación» (21-I-1907) nos decía Maragall lo que le costaba escribir para un público lejano, al que no conocía de vista, cuyos centenares de rostros personales no podía imaginarse, ni el gesto de cada uno a cada una de sus palabras y exclamaba: «¡Oh! ¡Mi público, mi público! ¿Dónde estás, mi público, que no te veo ante mí, y estoy hablando solo en las tinieblas, como un poeta o como un loco? ¿Quién me dará la comunicación viva para que mis palabras tomen aquí algún sentido? ¿Por qué no veo yo ahora aquellas caras que solía, con la expresión de sus ojos, ni oigo aquellas voces que me replicaban o aquellos suspiros? Yo no las creía encerradas en el recinto de una ciudad, sin embargo; o creía al menos que en esta ciudad mía cabían muchas más gentes. Y he aquí que ahora me vuelvo del otro lado y a nadie veo, y me parece que estoy hablando solo. ¿Qué es esto?»

Cuando Maragall empezó en 1892 a escribir artículos periodísticos para el venerable «Diario de Barcelona», el «Brusi», como allí se le llama, el dia-

ho hoy más antiguo de España, tenía conciencia de no tener apenas más público que un público barcelonés. Poco a poco su fama y también su gloria—él, con Ernesto Tello, las distinguía, llamando fama al renombre, al resonar de nuestro nombre en los oídos de las gentes, y gloria al resonado, al resonar de nuestro espíritu en los espíritus—su fama y su gloria fuéronse extendiendo por España toda y aun fuera de ella. Su público se ensanchaba y con su público su voz y su aliento y su espíritu.

Sabía ser escuchado en Madrid y en España toda. Su catalanismo se convertía en iberismo. Basta leer aquel su artículo sobre «La integridad de la patria» (2, I, 1909), en que narra una conversación con un portugués... en francés! y a que llama diálogo trágico. Por supuesto que el que aquella conversación con el noble portugués en la terraza de un hotel de los Pirineos franceses, «en la hora de la siesta y paz del verano, cuando se habla íntimamente entre extranjeros y se tratan con ligereza los asuntos más graves», que el que semejante conversación la hubiesen mantenido en francés no pasó de ser una pedantería del noble portugués. Se habrían entendido muy bien, al poco rato, hablando cada cual su lengua, es decir, Maragall en castellano y no en catalán, Maragall habría entendido al portugués, de seguro, pero de lo que no me cabe la menor duda es de que el portugués le hubiese entendido perfectamente a Maragall hablándole éste en castellano—y que lo hablaba y pronunciaba clarísimamente—mejor que en francés. Más de una vez me ha ocurrido invitarme algún portugués a que nos entendiésemos en francés, decirle yo que no, que hablásemos cada cual en nuestra lengua, pues que entiendo perfectamente el portugués y si es preciso—que hablando español, no lo es—lo hablo, y resultar al cabo que mi interlocutor no sólo entendía muy bien el español—como lo entienden aún sin haberlo estudiado, los portugueses cultos—sino que lo hablaba. Y que lo hablaba... ¡mejor que el francés! En medio de aquel diálogo que Maragall llamó trágico, había hecho falta un castellano para poner de manifiesto ciertas pedanterías ya portuguesistas, ya catalanistas. Bien es verdad que el castellano habría introducido la pedantería castellanista.

Pues bien, os decía que a medida que Maragall sintió crecer su público sintió también que el alma de escritor que en él había se le crecía. Y no necesitaba abusar su público. Ni tampoco ejercer vanamente del oficio de escritor.



Leyendo a Maragall II ————— 74



Que si es cierto lo de vanidad de vanidades y todo vanidad es vanidad también decirlo. Y lo mejor es entregarse cada cual a su destino. El destino de Maragall fué el de escritor público. Empezó, nos dice él mismo, a sus 17 años, por vanidad. ¿Y qué importa? Supo entregarse a él, como supo entregarse a la vida y a la muerte; supo ponerse en manos de Dios. Y el oficio de escritor resultó para él una misión, un sacerdocio, un apostolado.

¿Y este poeta, este gran poeta, este poeta catalán, grandísimo poeta catalán, excelso como poeta y como catalán excelso, metido a hacer artículos a hacer teoría en prosa castellana, tuvo alguna filosofía? ¿Qué tiene de catalana la filosofía individualista y sentimental de Maragall y qué tiene de española? Este hombre dijo: «Así, pues, español, ¡oh, hermano mío! abandona toda ficción política y entra en tu alma. Deja la ilusión de gobernarte a quien la tenga, y sigue imperturbable tu camino, el tuyo propio, individual, directo a Dios; y cuando llegues a alguna de sus alturas vuélvete un momento al mundo de las naciones y de los estados y dales alguna limosna de tu luz, que les rija por algún tiempo, porque siempre esos grandes pueblos de las naciones y los estados son regidos en el fondo por algún profeta o silitario de algunos de estos pequeños pueblos que les parecen sometidos» («La espaciosa y triste España» 17-VIII-1911). El hombre que escribió estas nobilísimas y acaso proféticas—¿por qué no?—palabras, tenía una filosofía, una filosofía sentimental y poética, y en algún sentido cabe decir que fué uno de los profetas o precursores de la filosofía española, tal vez ibérica, que aguarda aún quién la formule y al formularla la descubra al mundo.

Hemos de ver cuál fué la filosofía de Juan Maragall, el excelso poeta catalán y español.

MIGUEL DE UNAMUNO.

